



JANE COCKRAM

LA
CASA
DE LAS
NOVIAS

La vida y carrera de Miranda es una montaña rusa. Su ascenso meteórico como influencer en la industria del bienestar y estilo de vida se ha convertido en una caída humillante después de promover unos productos controvertidos. Está desesperada por huir de los haters y trolls que la avergüenzan por todo internet. Es entonces cuando recibe una carta de un primo que la sumergirá en un oscuro misterio familiar. La curiosidad por saber más sobre su familia, a la que no conoce prácticamente, ya que su madre murió cuando era una niña, y su necesidad de huir, la llevan a Barnsley. Allí la casa familiar es ahora un pequeño hotel regentado por Daphne, la mujer de su tío Max, que es la nueva novia de La Casa de las Novias (en honor al título del libro de su madre que las hizo famosas, a la casa y a ella). Pero la casa no es lo que espera. El destino lujoso y ganador de varios premios de restauración ya no existe y nadie sabe dónde está Daphne. ¿Qué ha pasado en la casa? ¿Qué oscuras mentiras esconde La Casa de la Novias?

Índice de contenido

Cubierta

La casa de las novias

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Para Alice y Edward

*La familia, ese querido pulpo de cuyos tentáculos nunca
nos escapamos del todo, ni, en nuestro fuero interno,
deseamos hacerlo.*

DODIE SMITH

Prólogo

AYER ME ENCONTRÉ con un artículo sobre Barnsley House en una vieja revista. Tardé unos instantes en reconocer el lugar; no me esperaba toparme con él, y, además, solo lo había visto en invierno. Me impresionó verlo bañado por un sol resplandeciente, y sin darme cuenta ya había arrancado las páginas para saborearlas más tarde, lejos de las miradas fisgonas de los demás.

En una de las fotografías aparece la curva azul de la bahía llena de veleros y traineras. Debieron de sacar las fotos hace muchos años, cuando se abrió el hotel. Tal vez en primavera, cuando empezaba a hacer bueno y el calor del verano aún no había agostado los campos de los alrededores. Max dice que en esa época del año el cielo está lleno de drones que fotografían casas de campo a punto de salir a la venta y que filman el famoso litoral para programas de televisión sobre estilos de vida.

Eso es lo que veo cada vez que cierro los ojos, pero cuánto mejor es tenerlo aquí delante: el prado que en su suave descenso oculta los acantilados y el pueblo al fondo, la línea de la costa que disimula bancos de arena bajo las engañosas olas. Desde Barnsley no se ven ni el puerto empedrado ni el muelle desde el que zarpa cada hora, con permiso de la marea, el pequeño ferri que recorre el litoral. No se ven ni los establecimientos de pescado con patatas fritas, ni las galerías de vidrio soplado ni los apartados cafés y callejuelas de los hostales, y sin embargo en las fotografías aquí están todos, como si fueran parte del hotel.

Es fácil recordar lo que sentí la primera vez que vi Barnsley. No en una foto sino en vivo, cuando la imponen-

te casona apareció ante mis ojos. La belleza de la caliza es difícil de apreciar en una fotografía, y aún más difícil de explicar. Es una piedra distinta de la del resto de las casas de la zona, más suave, por así decirlo, y, según Max, en verano se mantiene caliente durante semanas sin fin. Algunos días, cuando el sol no lucía lo suficiente para que sus fríos huesos australianos entrasen en calor, Daphne se apoyaba contra la pared con la esperanza de que el calor traspasase el vestido veraniego y la chaquetita. Eso fue antes de mi llegada; desde entonces, solo ha hecho frío, un frío glacial.

¿Volverá algún día a ir viento en popa el hotel? ¿Servirá de algo el artículo, o simplemente dirigirá a acaudalados turistas estadounidenses hacia una casa de fantasmas? Es un hotel que ha perdido el rumbo y también a la mujer que lo dirigía, y no en este orden. Debo confiar en que podremos transformar Barnsley, porque en cierto modo se me ha metido en la sangre, de la misma manera que se metió en la sangre de las mujeres que me precedieron.

1

–UN BRINDIS A la salud de Miranda –dijo mi padre, levantando el vaso para chocarlo con el de mi madrastra–. Por una carrera profesional larga y colmada de éxitos en Grant and Farmer.

No era la primera vez que mi padre brindaba con motivo de un cambio de rumbo en mi carrera; sabe Dios que antes de irme a pique ya me había dado unos cuantos batacazos, pero era la primera vez que él había intervenido para encontrarme trabajo. Y, francamente, después de todo lo sucedido no me quedaba más remedio que aceptar el puesto.

Mi padre había tenido que cobrarse algunos favores. Y sospecho que, al ver que no servía de nada, había tenido que prometer cosas. Que comprometerse. No creo que llegase a haber dinero de por medio, pero no estoy segura. La vaga amenaza que detecté en su voz, el énfasis nada disimulado con que pronunció la palabra «larga», no eran fruto de mi imaginación.

–Miranda, cielo, ¡buena suerte en Grace and Favour! –dijo Fleur, mi madrastra, sumándose al brindis a pesar de que ya iba por la segunda copa de champán.

No pude evitar reírme. Fleur solo era graciosa durante un ratito cada día, en algún momento entre su segunda y su cuarta copa. Una franja temporal mucho menor de lo que cabría esperar, dada la soltura con que consumía champán y vino blanco seco.

Además, quería disfrutar del festejo mientras durase; era la primera vez desde hacía tiempo que teníamos algo que celebrar. A juzgar por la expresión de mis dos hermanastras pequeñas, que, en medio de todo el jolgorio,

guardaban silencio mientras removían los cubitos de hielo de sus limonadas, también ellas sabían que las cosas podían cambiar de un momento a otro. «Ya veréis como también la lía esta vez», decían sus rostros.

—¿Qué se supone que va a hacer una licenciada en Escritura Creativa en una empresa de relaciones públicas? —me preguntó Denise, mi madrina, una vez pasada la efusión del brindis.

Como siempre, mi familia había decidido pasar un tupido velo sobre mis estudios de posgrado en Alimentación y Nutrición. Los camareros fueron dejando las bandejas de los aperitivos a nuestro alrededor: lustrosos pimientos morrones asados, gruesas lonchas de jamón y grandes aceitunas sicilianas. Era mi restaurante italiano favorito, el lugar en el que nos reuníamos siempre para las celebraciones familiares, y el hecho de que hubiera encontrado otro trabajo bien merecía una. Al menos, eso parecía que había querido decirme mi padre al invitar a toda la familia, incluidos mis padrinos, a la cena.

—¿Qué va a hacer una licenciada en Escritura Creativa... donde sea? —voceó mi padre desde la otra punta de la mesa, riéndose con ganas de su propio chiste y mirando en derredor para asegurarse de que también se reía algún que otro comensal de las mesas vecinas. Adiós a mis esfuerzos por pasar desapercibida.

—Pero las relaciones públicas se basan en la escritura creativa, ¿no? —intervino Fleur—. ¿O me estoy confundiendo con las *fake news*?

Me inquietó que acabásemos hablando de cómo me había metido en un lío por culpa de la escritura creativa, así que me concentré en Denise cuando respondí:

—Creo que al principio solo voy a ser algo así como una ayudante de dirección..., no voy a tener trato directo con clientes. Puede que con el tiempo pase a la edición y cosas así, supongo.

No fingí un entusiasmo que no sentía. La edición estaba a años luz de todo lo que hacía antes. Había dirigido mi propia empresa. Había tenido un blog de éxito. Un acuerdo para escribir un libro. Los medios decían que era una *influencer*.

—¿Qué es una ayudante de dirección? —preguntó de repente una de mis hermanastras.

Esta vez fue Ophelia, pero lo mismo podría haber sido Juliet, teniendo en cuenta que la cultura general de la una brillaba tanto por su ausencia como la de la otra. Y sí, en efecto: las tres nos llamamos como personajes de Shakespeare. Mi madre inició la tradición, y mi madrastra la continuó. Mi nombre significaba algo para mi madre, pero sospecho que mi madrastra tuvo que recurrir a Google. Siempre dice que tiene un cerebro matemático; un cerebro de mosquito, diría yo.

—Reservan vuelos, organizan salas de reuniones..., cosas así —susurró mi madrastra, acariciando tiernamente el pelo de Ophelia para contrarrestar la naturaleza potencialmente ofensiva de su explicación—. Y por eso no os conviene estudiar una carrera de letras.

Ophelia y Juliet asintieron solemnemente con la cabeza, a pesar de que faltaban muchos años para que tuvieran que decidir nada sobre sus estudios superiores. Me concentré en llenar mi plato con un surtido de aperitivos, prestando más atención de la necesaria en colocar bien las porciones, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con caer sobre los platitos de terracota.

—A mí me suena de maravilla —dijo Denise dándome un estrujoncito en la mano, pero el tono de conmiseración no hizo sino empeorar las cosas. Seguro que estaba pensando en mi madre, su mejor amiga, y preguntándose cómo había podido yo salir tan mediocre con una madre tan extraordinaria. Me dije que ojalá volviese a Londres con esa familia suya tan perfecta y me dejase con aquellas per-

sonas que no esperaban demasiado de mí. Era más fácil así.

La conversación giró hacia un viaje de esquí que habían planeado Denise y Terence. Noté que desconectaba, que me ponía a pensar en los *casarecce* con berenjena y salchicha italiana que me iban a servir de un momento a otro, y en el *tiramisú* que me pediría después si estaba dispuesta a exponerme a las críticas de Fleur.

—Y por eso no consigue mantener ningún trabajo de verdad —oí decir a mi padre justo cuando me daba cuenta de que el camarero estaba intentando servirme el plato—. Siempre soñando despierta.

Tenía razón, era una soñadora. En otros tiempos, esto a mi padre le había hecho gracia, incluso le parecía que tenía su encanto, pero últimamente no paraba de hacer todo tipo de comentarios mordaces. «No puedes seguir con este despiste toda tu vida, Miranda. Ya tienes veintiséis años..., ¿no crees que es hora de que te enfrentes a la realidad?».

Entendía su preocupación. No me veía a mí misma sentada todo el santo día a una mesa de oficina, prestando atención en largas reuniones, recordando cifras, nombres, fechas..., pero era eso lo que iba a hacer cuando me incorporase a Grant and Farmer.

Todos se rieron: risas agudas las de Fleur, corteses las de Denise. Vi que volvía a mirarme, y esboqué una débil sonrisa para demostrar que estaba contenta.

El ruido del restaurante iba subiendo de volumen a medida que avanzaba la velada. Los clientes arrastraban las sillas cada vez que se levantaban para saludar a alguien, el sumiller descorchaba botellas de *prosecco* y los camareros no paraban de sacar cuencos de humeante pasta de la cocina. El ambiente era alegre; los aromas, deliciosos, y en las mesas de alrededor la gente sonreía, reía, daba sorbitos al *chianti* y al *pinot grigio* y se arrimaban para oírse bien los unos a los otros en medio del bullicio.

Todas las mesas menos la nuestra. De no haber sido por la comida y por la charla que nos permitía entablar, habríamos estado prácticamente en silencio. «¿Qué has pedido? *Spaghetti alle vongole*. Qué buena pinta, aunque no parece que te haya madurado mucho el gusto, ¿eh? Este *barolo* está delicioso, Bruce. Sí, es uno de nuestros vinos favoritos. Este lugar no cambia nunca, ¿no? Por eso nos gusta, Terence».

Lo de invitar a los O'Halloran no había sido buena idea: en cierto modo, la presencia de personas ajenas a la familia subrayaba la incomodidad a la que me había ido acostumbrando a lo largo de los años, y me daba cuenta del aspecto que debía de tener nuestra familia recompuesta vista a través de sus ojos. De haber estado allí mi madre, nuestra mesa habría sido idéntica a las otras, y estoy segura de que no era yo la única que lo pensaba. El tiramisú tendría que esperar a otro momento. Necesitaba salir de allí.

—Chicas, ¿queréis que os acerque a casa? Tendréis que hacer deberes o que ensayar con el oboe, ¿no?

Una expresión de alivio asomó al instante a los rostros de Juliet y Ophelia. El resto de la velada prometía: un delirio de redes sociales, Netflix y llamadas telefónicas hasta que volvieran sus padres. No era fácil criarse con mi padre y todas sus normas:

Prohibido llamar después de las 21:00.

Prohibidos los móviles en los dormitorios.

Prohibido ver la tele de lunes a viernes.

Prohibido invitar a dormir a chicos.

Prohibido sentarse a la mesa con el móvil.

Prohibidos los *piercings*.

Prohibidos los tatuajes.

Prohibido el alcohol.

Prohibidas las drogas.

Prohibido. Prohibido. Prohibido.